

Lección 6 - Nuestra Nueva Realidad (parte 2)

4. *Nuestra nueva guía: Éramos orientados por la carne, pero ahora vivimos bajo la guía del Espíritu*

Hay mucha confusión sobre el concepto de carne versus Espíritu tal como hay con el tema del viejo y nuevo hombre. Un motivo para esa confusión es el hecho de que la palabra “carne” (σάρξ) tiene una variedad de significados en el Nuevo Testamento, dependiendo de su contexto. Pero otro problema es la tendencia de pensar que la carne significa una parte dentro de mi ser, como una naturaleza pecaminosa que radica en mi persona.

Para poder entender lo que Pablo quiere decir con este contraste entre carne y Espíritu tenemos que hacer dos cosas. Primero, tenemos que reconocer que Pablo suele usar personificación para describir la naturaleza de ciertos conceptos importantes. Segundo, tenemos que analizar los dos textos claves que demuestran más concretamente el contraste entre la carne y el Espíritu.

La personificación es una técnica literaria donde el autor atribuye a una cosa inanimada las características de una persona. Esta clase de figura es muy común en la Biblia. Por ejemplo, en Salmo 98:8 se atribuye a los ríos la capacidad de batir las manos. En Salmo 114:4 se dice que *“los montes saltaron como carneros.”* Obviamente son ejemplos de lenguaje figurado que el autor escogió para pintar una imagen más gráfica, más inolvidable en la mente del lector. Es una técnica que Pablo solía usar para describir ciertos conceptos teológicos. Por ejemplo, Pablo en varios textos personificaba al pecado para que pareciera una fuerza malvada que esclaviza y fomenta rebelión contra Dios. Romanos 7:11 dice, *“el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató.”* Aquí el pecado toma la apariencia de una persona muy astuta y engañosa, que, a fin de cuentas, mata a otras personas. También Pablo suele personificar a este siglo presente. Lo que era un marcador de tiempo llega a ser un gran enemigo que esclaviza. En Gálatas 1:4 Pablo dice que Cristo murió para *“librarnos del presente siglo malo.”* De igual manera, Pablo personifica esta idea de la carne. La carne llega a ser un gran enemigo de Dios que tiene su propia voluntad y deseos que van en contra de Dios (Gálatas 5:17; Efesios 2:3). Aunque, como hemos mencionado, la palabra “carne” tiene una variedad de significados dependiendo del contexto, tenemos que estar alerta para cuando Pablo personifica el concepto de carne y lo hace como un gran poder malvado que busca influenciarnos a pecar y a rebelarnos

contra Dios y su voluntad. Así usa Pablo la palabra “carne” en varios de los textos principales que hablan de nuestra santificación.

Pero, si vamos a entender la relación entre carne y Espíritu, tenemos que analizar los dos textos más importantes sobre el tema. El primer texto es Gálatas 5:16-24,

¹⁶ Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. ¹⁷ Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis. ¹⁸ Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. ¹⁹ Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, ²⁰ idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, ²¹ envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. ²² Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, ²³ mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. ²⁴ Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.

Detrás de este texto había una preocupación muy fuerte y muy relevante, ¿Cómo pueden los cristianos vencer el impulso a pecar que los lleva a rebelarse contra Dios? ¿Cuál es la guía que los puede llevar adelante para que experimenten una victoria sobre las tentaciones de la carne? La respuesta de los judaizantes era muy clara, la única manera de poder vencer la carne es a través de una sumisión a la torá. O sea, obediencia a los requisitos y ritos de la ley de Moisés. Ellos estaban convencidos que solo la ley era adecuada como guía, solo la ley los podía proteger del pecado. Pero Pablo tenía otra respuesta. Su respuesta es que los cristianos tenían que vivir según la guía del Espíritu Santo.

Nota como Pablo desarrolla esta respuesta. En primer lugar, Pablo afirma que los cristianos están en medio de un gran conflicto entre dos fuerzas poderosas que son opuestas, la carne versus el Espíritu. Pero es importante entender que Pablo no tiene en mente una batalla principalmente dentro de nosotros, sino una batalla entre dos fuerzas cósmicas. O sea, el gran conflicto entre carne y Espíritu no se refiere a un conflicto entre dos aspectos de la vida interior del ser humano, aunque a fin de cuentas la gran guerra entre el Espíritu de Dios y la carne nos afecta de una manera

muy personal. Más bien, ese gran conflicto es entre dos esferas, la de la carne y la del Espíritu. La carne representa la fuerza gobernadora de la época antigua, la esfera de “en Adán”, la vida de la persona fuera de Cristo. En cambio, el Espíritu representa la nueva realidad del creyente, la esfera de “en Cristo”, la vida de la persona que pertenece a Cristo. Hay por lo menos dos factores que nos llevan a esa conclusión. Primero, Pablo declara en el verso 18, *Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley*. No es una afirmación de mi práctica diaria, mi realidad subjetiva, más bien, como ya hemos visto, es una declaración de mi realidad en Cristo, ya no vivo bajo la ley porque en Cristo he muerto a la ley. Es claro entonces que lo que Pablo tiene en mente es que ser “*guiados por el Espíritu*” se refiere a la esfera a la cual pertenezco. En otras palabras, la persona guiada por el Espíritu es la persona que está “en Cristo”. Esa persona ya no está bajo la ley porque la ley pertenece a la antigua época, su antigua realidad. Segundo, sabemos que Pablo tiene en mente dos esferas por lo que él dice en el verso 24, *“Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.”* Las personas que pertenecen a Cristo, los que están “en Cristo” ellos ya han crucificado la carne. Tenemos que entender esta frase importante. La idea NO es que ellos con su propia fuerza han vencido el pecado. Tampoco es la idea de que ellos han derrotado la carne por su capacidad de obedecer o por su compromiso fuerte o la profundidad de su fe o cualquier otra cosa en ellos. La idea es que ellos, por pertenecer a Cristo, han vencido la carne. Es su nueva realidad, no por algo en ellos, sino por lo que Dios hizo por medio de Cristo para ellos. Ellos han sido trasladados de la esfera de la carne a la esfera del Espíritu y por estar allí han crucificado la carne.

En segundo lugar, Pablo revela la manera clara que una persona puede saber a qué esfera pertenece. O sea, contesta la pregunta, ¿Cómo puedo yo saber si pertenezco a la nueva realidad o si todavía soy parte de la antigua realidad? Los judaizantes alegaban que la clave era si uno estaba cumpliendo las obras de la ley o no, como, por ejemplo, la circuncisión. Pablo dice en los versículos 19-23 que hay otro indicador, a saber, ¿Cuál es el fruto de tu vida? Lo que tu vida produce demuestra realmente cual es la condición de tu corazón y quien es la guía orientando tu vida. En los versículos 19-21 Pablo expone las obras de la carne. Este estilo de vida es lo que caracteriza la vida de los guiados por la carne, la gente que todavía pertenece a la antigua esfera “en Adán.” Es una vida esclavizada a todo tipo de pecado. Y las personas que producen tales obras demuestran que todavía son ciudadanos del siglo presente y como tales están perdidos y no van a salvarse, no tienen herencia en el reino de Dios. Pero en los versículos 22-23 Pablo demuestra el contraste, los frutos que vienen como consecuencia de una vida guiada por el Espíritu, una vida

que refleja el siglo venidero. Si se ve estos frutos en mi vida es evidencia de que vivo en la esfera del Espíritu y que Él está produciendo la consecuencia natural de su vida en mí.

Finalmente, Pablo llega a una conclusión en el verso 24, *Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos*. Esta es la base de nuestra confianza contra cualquier obstáculo para una vida piadosa, en Cristo nosotros hemos crucificado la carne y, por ende, todos los deseos y pasiones que la carne promueve también han sido desautorizados. O sea, el poder y la autoridad de la carne sobre nosotros ha sido quitada. La carne, que antes de conocer a Cristo era nuestro rey y la fuerza que caracterizaba y dominaba nuestras vidas ha sido destronado. No es algo que yo tengo que hacer, más bien es algo que Cristo hizo por nosotros en base a nuestra unión con Él. Como dice un autor,

"La formulación 'Usted ha crucificado la carne' 'es, por lo tanto, una descripción de la nueva situación escatológica de 'aquellos que pertenecen a Cristo', que es el resultado del don del Espíritu. La formulación de Pablo no debe tomarse como una advertencia para que los creyentes vayan y crucifiquen la Carne, porque eso ya ha ocurrido 'en Cristo'. La declaración de Pablo permitirá a los Gálatas (y a los lectores subsiguientes de la carta con ellos) reconocer y abrazar una vez más la nueva realidad que se ha establecido en sus vidas por la venida de Cristo al mundo".¹

El punto de Pablo es que algo definitivo ha ocurrido en nosotros. Algo transformador ha ocurrido en nuestras vidas. La carne ha sido crucificada. Esto no significa que no sentimos tentaciones. No significa que ya no tenemos deseos pecaminosos. No significa que ya no hay inclinaciones hacia la rebelión y el pecado. Lo que significa es que nuestra relación con la carne ha cambiado radicalmente. La carne, esa fuerza que se opone a Dios y que trata de impulsarnos hacia la rebelión y el pecado, es un enemigo derrotado, es una fuerza ya vencida. No tiene autoridad sobre nuestras vidas, no tiene dominio sobre nuestras decisiones. Nosotros pertenecemos a la esfera del Espíritu donde el Espíritu reina, donde el Espíritu produce su fruto, donde los deseos de la antigua vida no caben, no deben sentirse en casa porque van en contra de quienes somos. Ahora cuando nosotros seguimos la guía del Espíritu, cuando nosotros caminamos según el liderazgo del Espíritu y nos conformamos a sus deseos y su gobierno, hay un

¹ Martin DeBoer, Galatians, Louisville, USA: Westminster John Knox Press, 2011, p. 367-368.

resultado muy claro, según Pablo en Gálatas 5:13, *Digo, pues: Andad por el Espíritu, y no cumpliréis el deseo de la carne.* Si andamos por el Espíritu el resultado será que no vamos a cumplir, no vamos a satisfacer, no vamos a dejar gobernar, los deseos pecaminosos de la vida antigua, de esa inclinación hacia el pecado. Nos toca a nosotros seguir el camino del Espíritu y no el de la carne, vivir consecuente con lo que somos, NO conforme a lo que éramos. Por la muerte de Cristo algo radical ha ocurrido en nuestras vidas y tenemos que vivir consecuente con esta nueva realidad. Nuestra nueva realidad incluye el hecho de que nosotros pertenecemos a la esfera del Espíritu y ya no la de la carne. Por ende, podemos y debemos vivir consecuente con la vida del Espíritu y rechazar los deseos y engaños de la esfera de la carne.

El segundo texto importante que demuestra este contraste entre la carne y el Espíritu es Romanos 8:3-17,

³Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; ⁴para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. ⁵Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. ⁶Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. ⁷Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; ⁸y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. ⁹Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. ¹⁰Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. ¹¹Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. ¹²Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; ¹³porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. ¹⁴Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. ¹⁵Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! ¹⁶El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. ¹⁷Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y

coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.

Una vez más vemos el gran conflicto entre dos esferas opuestas, la esfera de la carne y la del Espíritu. La tabla que sigue demuestra los contrastes que Pablo hace en este texto:

Carne	Espíritu
v. 4 No han cumplido los requisitos de la ley	v. 4 Han cumplido los requisitos de la ley
v. 5 Su mente está puesta en las cosas de la carne	v. 5 Su mente está puesta en las cosas del Espíritu
v. 6 Su "mente" es muerte	v. 6 Su "mente" es vida y paz
v. 7 Su "mente" es enemistad hacia Dios	
v. 7 Su "mente" no se somete a la ley de Dios	
v. 7 Su "mente" no puede someterse a la ley de Dios	
v. 8 No pueden agradar a Dios	
v. 9 El Espíritu de Dios no mora en ellos	v. 9 El Espíritu de Dios mora en ellos
v. 9 No pertenecen a Cristo	v. 9 Pertenecen a Cristo
v. 10 Cristo no mora en ellos	v. 10 Cristo mora en ellos
	v. 10 El cuerpo está muerto y el Espíritu es vida
	v. 10 Experimentará una resurrección
v. 13 Morirán	v. 13 Vivirán
	v. 14 Son hijos de Dios

Hay varias observaciones que tenemos que hacer en cuanto a este texto. Primero, el verso clave es Romanos 8:9, “*Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.*” La pregunta clave es si uno tiene o no tiene el Espíritu Santo viviendo adentro. Pablo es muy claro “*ustedes NO viven según la carne si es que el Espíritu de Dios mora en ustedes.*” La persona que tiene el Espíritu pertenece a la esfera del Espíritu y él que no lo tiene, pertenece a la esfera de la carne. Esta es la base del significado de este texto. No se trata de mi condición, sino de mi posición. Pablo no está enfocando mi práctica, sino mi identidad. ¿A qué esfera pertenezco? Todo depende de si el Espíritu mora en mí o no.

Segundo, la vida en cada esfera tiene características diferentes tal como con las obras de la carne y los frutos del Espíritu que Pablo menciona en Gálatas 5. Las características que cada persona demuestra revelan a qué esfera pertenece. Tercero, el destino de cada esfera es diferente y claro. Los que viven según la carne demuestran que no tienen a Cristo, por lo tanto, su destino final es la muerte eterna. En cambio, los que viven en el Espíritu, hacen morir el pecado, por lo tanto, vivirán eternamente. Finalmente, el llamado aquí es vivir consecuente con su realidad. Los que pertenecen a Adán, a la esfera de la carne, van a vivir según la carne porque no pueden agradar a Dios, no pueden vivir en obediencia, no pueden cumplir la ley. En cambio, los que pertenecen a la esfera del Espíritu son deudores al Espíritu, ya no a la carne. Ellos tienen que vivir consecuente con su nueva identidad. Por la obra de Cristo ellos han cumplido las exigencias de la ley, son hijos de Dios, tienen el Espíritu de Dios viviendo en ellos, entonces deben vivir consecuente con esta nueva realidad.

Podemos concluir, entonces, que la nueva realidad de los cristianos es que ellos pertenecen a la esfera del Espíritu, ya no a la de la carne. Por ende, la carne, esa fuerza opositora ha muerto para ellos. No tiene el derecho de reinar sobre sus vidas. Ahora ellos tienen la capacidad de rechazar el avance del pecado, las tentaciones y los deseos que vienen de su vida en la carne, su vida antes de conocer a Cristo. No son deudores a la carne, sino deben todo al Espíritu quien produce en ellos una nueva vida, el poder de vencer el pecado en su vida diaria. Como comenta un autor,

“*Andar conforme a la carne, pues es tener una vida determinada y dirigida por los valores de este mundo, del mundo que está en rebelión contra Dios. Se trata de un estilo de vida que es puramente humana en*

su orientación. Por el contrario, *andar conforme al Espíritu*, es vivir bajo el control y de acuerdo a los valores de la nueva era, creada y dominada por el Espíritu de Dios como su don escatológico.”²

5. Nuestra nueva ciudadanía: Éramos ciudadanos de este mundo, pero ahora somos ciudadanos de la nueva creación

Por lo general, cuando los cristianos piensan en el concepto de la “nueva creación” su tendencia es verlo desde una óptica netamente individual. Es decir, tienden a enfocar la idea de que yo soy una nueva criatura en base a 2 Corintios 5:17. Es verdad que somos nuevas criaturas. Dios nos ha transformado por medio de Cristo Jesús. No obstante, en las Escrituras la idea de una nueva creación es mucho más amplia que meramente un enfoque personal. El concepto de la nueva creación es un concepto cósmico y escatológico. Esto significa que tiene que ver con todo el cosmos, todo lo que Dios ha creado, y no solamente a algunas personas. Además, se refiere a lo que Dios va a ser para consumir la historia. Él va a traer una nueva creación. Se ve este enfoque, por ejemplo, en Apocalipsis 21:1-2,

“Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado y el mar ya no existía más. ²Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermoseada para su esposo.”

En este texto el apóstol Juan transmite la visión que tuvo de la nueva creación – Dios creando un nuevo cielo y una nueva tierra donde no habrá ni contaminación, ni pecado, ni nada malo. De hecho, Dios clama en Apocalipsis 21:5, *“Yo hago nuevas todas las cosas.”* Se nota que el enfoque no es meramente un cambio en un individuo, sino un cambio en todo el universo.

Se ve este mismo concepto a lo largo de todas las Escrituras, aun en el Antiguo Testamento. Los profetas de Dios anunciaron el día cuando Dios iba a hacer todo nuevo. Por ejemplo, en Isaías 42:9 Dios prometió, *“He aquí, ya se cumplieron las cosas primeras y yo anuncio cosas nuevas.”* Y luego en Isaías 43:19 Dios afirma, *“He aquí que yo hago cosa nueva.”* En el contexto esas cosas nuevas se referían a una liberación del dominio de sus enemigos y el inicio de una nueva vida. Esa gran promesa llega a una culminación cuando en Isaías 65:17 Dios exclama, *“Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra. De lo pasado no habrá*

² Douglas Moo, , Comentario a la epístola de Romanos, Barcelona, España: Editorial CLIE, 2014, p. 542.

memoria ni vendrá al pensamiento.” Esta esperanza escatológica se centraba en la venida de una nueva creación donde todo es radicalmente mejor. Se trata del inicio de una nueva realidad, una nueva época en la historia caracterizada por la paz y la justicia. Será una nueva etapa en la historia donde el pecado nunca más reinará, sino la obediencia.

En el Nuevo Testamento se ve la misma esperanza. Por ejemplo, 2 Pedro 3:13 anuncia, *“Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.”* El autor declara que la promesa de Dios es un nuevo momento en la historia, donde ya no reinará la injusticia, sino la justicia. Se trata de una nueva creación.

Pero cuando consideramos el Nuevo Testamento hay dos pasajes claves que cada estudio de la nueva creación tiene que tomar en cuenta. El primer texto es 2 Corintios 5:17 donde Pablo escribe, *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas.”* Este texto es muy conocido y usado por los evangélicos. Pero ¿Hemos entendido lo que Pablo desea comunicar? Tenemos que analizarlo cuidadosamente para saber.

El primer detalle importante es la traducción del texto. Parece que hasta las traducciones han sido influenciadas por una idea individualista. Una traducción más literal del pasaje sería, *“Así que, si alguno está en Cristo, nueva creación: las cosas viejas pasaron; las nuevas han venido.”* Notarás que falta un verbo en la primera parte. Es algo común donde el autor da por hecho que el lector va a saber qué verbo agregar. La mayoría de las traducciones agregan el verbo “es” dando la idea de que si alguien pertenece a Cristo esa persona es una nueva creación. La idea es perfectamente bíblica y gramaticalmente aceptable. No obstante, el flujo de pensamiento de Pablo parece enfatizar algo más amplio. Es posible que la idea de Pablo sea que si una persona pertenece a Cristo son parte de una nueva creación. O sea, la idea sería que existe una nueva creación, no solamente que la persona es una nueva creación.

El segundo detalle importante es entender el contexto de este versículo. Pablo ha estado hablando del impacto de la muerte y resurrección de Cristo. Él dice en 2 Corintios 5:14-15, *“El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; ¹⁵y él por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.”* El

cristiano ha muerto y resucitado con Cristo y esa participación en la obra redentora de Cristo trae consecuencias prácticas para su vida, específicamente que el discípulo de Jesús ya no puede vivir para si mismo, sino tiene que vivir para Cristo. El enfoque de su vida debe cambiarse. El verso 16 revela otra consecuencia, *“De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así.”* El hecho de que hemos muerto y resucitado con Cristo resulta en una nueva manera de ver a otras personas, aun una nueva manera de ver a Cristo. Ya no podemos ver a nadie “según la carne.” Es decir, no podemos ver a otras personas desde una perspectiva terrenal. Nuestra transformación requiere que tengamos una nueva óptica, que vemos la vida desde una nueva lente. Con esto Pablo llega a una conclusión en el verso 17, *“de modo que ...”* O sea, nuestro texto es la conclusión de este punto sobre el impacto de nuestra participación en la muerte y resurrección de Cristo. Su muerte y resurrección significa que tenemos una nueva orientación para nuestra vida y una nueva óptica. ¿Por qué? Porque si estamos en Cristo somos parte de una nueva creación. Es decir, somos parte de una nueva época, un nuevo momento en la historia. La obra redentora de Jesús ha inaugurado una nueva etapa en la historia, la nueva creación se inauguró. El futuro empezó. O en las palabras de Pablo, las cosas viejas, las cosas de este siglo presente, ya pasaron, las nuevas cosas, las cosas del siglo venidero han llegado. Los últimos tiempos empezaron con Cristo y nosotros que estamos “en Cristo” hemos entrado en esa nueva realidad, la de una nueva creación. Como escribió un autor,

“Lo que se terminó para Pablo en 2 Corintios 5:17 no son solo sus viejas maneras de pensar y sus actitudes anteriores, aunque ciertamente se incluyeron. Más bien, la antigua época de la cual esas cosas son características ha recibido un golpe mortal en la muerte de Cristo.”³

Entonces, los que están en Cristo son una nueva creación, una persona transformada, pero también son parte de algo nuevo que Dios está haciendo en el cosmos, son parte de su nueva creación.

El segundo pasaje es Gálatas 6:14-15 donde Pablo dice,

“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.”

³T.R. Jackson, *New Creation in Paul's Letters*, Mohr Siebeck, Tubingen. 2010, p. 148.

¹⁵Porque, en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada ni la incircuncisión, sino la nueva criatura.”

Tal como en 2 Corintios 5:17 parece que Pablo está hablando no tanto de que la persona es una nueva criatura, sino de que existe una nueva “creación.” Las iglesias de la región de Galacia habían sido afectadas por supuestos creyentes de trasfondo judío que enseñaban la necesidad de circuncidarse para ser acepto ante Dios. Pablo dice que ellos se estaban gloriando en la “carne” justamente porque no querían sufrir por la cruz de Cristo. Pero Pablo tenía una perspectiva totalmente opuesta. La única cosa en la cual él se gloriaba era la muerte de Cristo. Él no se gloriaba en sus propios logros, ni siquiera en el hecho de que había sido circuncidado. Pablo agrega que fue esa muerte de Cristo que ha resultado en un cambio radical en su vida. Esa es su única causa de jactancia, la muerte transformadora de Jesús. Como consecuencia de esa muerte Pablo murió en cuanto a su relación con el mundo y el mundo murió en cuanto a su dominio sobre Pablo. Es decir, este siglo presente, la presente época de oscuridad y rebelión ya no gobierna en la vida de Pablo. ¿Por qué es su única confianza en la cruz? ¿Por qué es por medio de la cruz que su relación con este mundo ha cambiado tan tajantemente? Pablo explica en el verso 15. Es porque con la muerte de Cristo, Dios ha inaugurado una nueva realidad. Las cosas que tenían valor antes ya no tienen valor. Por ejemplo, la circuncisión que era la causa de confianza de los judíos ya no tiene peso. Tampoco el no circuncidarse. Nada de eso es determinante para la vida. ¿Cuál es la cosa que realmente vale? El hecho de que Dios ha inaugurado una nueva creación. Dios ha empezado una nueva etapa en la historia, la inauguración del tiempo venidero que significa una renovación de todo y un nuevo sistema de valores. Esa es la cosa que realmente importa, si uno es parte de esa nueva creación o no.

Entonces, cuando pensamos en la nueva creación, tal como con el nuevo hombre, se trata de algo mucho más allá que solamente la transformación de un individuo. Incluye esa transformación, pero enfoca realidades más allá. Se trata de algo cósmico, algo que Dios hace con respecto a la historia de la redención. Significa algo universal que Dios está haciendo. Su enfoque no es algo dentro de mi persona, sino algo “en Cristo” en el cual yo participo. Fue por medio de la muerte de Cristo que la nueva creación ha sido inaugurada. Pero ¿te acuerdas que dijimos que la nueva creación es un concepto escatológico? O sea, se trata del futuro, la consumación de la historia. Esto significa que lo que Pablo está declarando es que el futuro ha invadido el presente. La nueva creación ha invadido la antigua. La eternidad y todas sus bendiciones están disponibles en Cristo, nos pertenecen en

Él. Esta es nuestra nueva realidad, somos ciudadanos de otro mundo, de otra realidad, aun en el presente. Nosotros pertenecemos a la nueva creación, aunque todavía pisamos las calles de este mundo.

Se ve esta nueva realidad claramente en varios textos del Nuevo Testamento. Por ejemplo, nota como Pedro describe la identidad de los seguidores de Cristo en 1 Pedro 2:11, somos “*extranjeros y peregrinos.*” La idea es que ya no pertenecemos a este mundo, ya no somos ciudadanos de esta realidad presente. Nosotros pertenecemos a otra esfera, a otra realidad, a otro mundo. Transitamos las calles de este mundo, pero como gente de visita, como personas que tienen su ciudadanía en otro país. Nuestro verdadero hogar es otro y es ese lugar, nuestra verdadera patria, que nos debe definir. Aunque somos residentes temporales aquí en este mundo, nuestra verdadera ciudadanía se encuentra en otra realidad, la de la nueva creación. Pablo afirma la misma realidad en Filipenses 3:20 cuando él declara que *nuestra ciudadanía está en los cielos.* Lo que Pedro insinuaba, Pablo hace bastante claro. Nosotros ya pertenecemos a otra realidad. Nuestra verdadera patria es la nueva creación. Vivimos aquí como extranjeros, pero nuestra casa pertenece a la municipalidad celestial. El gobierno que nos manda, la constitución que nos guía, y el pueblo que nos identifica es celestial, ya no terrenal. Nuestros privilegios y derechos se definen por esa realidad. Aunque parezca mentira, tú y yo somos parte de la nueva creación que fue inaugurada en Cristo y desde allí tenemos que encontrar nuestros valores, nuestras prioridades, y nuestra dirección para la vida.

Según Pablo, todo esto tiene que impactar nuestra forma de vivir y pensar. Ya no podemos ver la vida según la carne, o sea, desde una perspectiva terrenal (2 Corintios 5). Ya no podemos vivir pensando que lo que realmente importa, lo que realmente debe ser nuestra gloria, son los ritos religiosos (Gálatas 6). Ahora es tiempo que vivamos según otra realidad que muestra una nueva vida, que muestra los valores y los principios y actitudes de la nueva creación. No pertenecemos a la presente época malvada, ya no andamos según el príncipe de este mundo. Nosotros bailamos con la música de otro mundo, con la música de la nueva creación. Por ende, todo en nuestra vida debe demostrar nuestra verdadera ciudadanía.

Después de haber visto estos seis ejemplos de las nuevas realidades que nos caracterizan como consecuencia de la obra redentora de Jesús, quizás tengas una pregunta muy práctica, ¿Si todas estas cosas caracterizan mi realidad, por qué no experimento más victoria en mi vida diaria? ¿Por qué sigo pecando si soy parte de

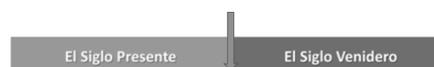
la nueva creación y si soy el nuevo hombre? Es una pregunta muy buena y bastante importante. La respuesta no es muy fácil y tiene varios ángulos que se debe considerar. No obstante, por ahora, vamos a compartir solo uno de esos ángulos, algo que es muy importante, pero poco entendido en el mundo evangélico en la actualidad, el tema de nuestra ubicación en la historia. Esta es nuestra séptima nueva realidad.

6. Nuestra presente ubicación en la historia: El “Ya” y el “todavía no”

El momento histórico en el cual nos encontramos influye mucho en como interpretamos la vida. Me acuerdo hace varios años que había un debate muy fuerte dentro de muchas iglesias evangélicas sobre el estilo de música que se cantaba en los cultos. Algunas iglesias decían que solamente deberíamos cantar los himnos antiguos mientras otras iglesias solo querían cantar los coros más contemporáneos. En muchas iglesias este conflicto causó una división notable. Una cosa que me ayudó a manejar esa tormenta era entender los diferentes contextos en los cuales los distintos hermanos se encontraban. Los hermanos de mayor edad se encontraban en una situación donde todo estaba cambiando: las tradiciones con las cuales ellos habían crecido en su fe, la música que cantaban en los momentos más importantes de su caminar espiritual, y las estructuras y formas del cristianismo que siempre habían sido preciosas para ellos en su crecimiento, todo estaba cambiando rápidamente. Por el otro lado, los hermanos más jóvenes se encontraban en un contexto donde por fin las cosas estaban cambiando y donde ellos sentían por primera vez que podían expresar su fe a través de música que les hablaba, podían formar tradiciones que tenían sentido para ellos, y veían nuevas estructuras y formas que los dejaban identificar plenamente con su fe. Aquí radicaba una parte importante del problema, los dos grupos se encontraban en un momento histórico, en un contexto diferente y este contexto los afectó mucho.

El contexto histórico en el cual nos encontramos es muy importante para todo cristiano porque afecta el desarrollo de nuestra fe, especialmente cuando pensamos en el plan de Dios para la historia. Cuando se trata de la historia de la redención, o sea, el plan global de Dios para la historia, ¿Dónde nos ubicamos? ¿Cuál es nuestro contexto en esa gran historia? Esta pregunta es muy importante para entender nuestro tema de la transformación espiritual porque explica por qué no siempre experimentamos la plenitud de las promesas y bendiciones que nos pertenecen en Cristo Jesús. Por ende, tenemos que considerar este tema de nuestra presente ubicación en la historia.

Pero antes de poder ubicarnos en la línea de tiempo de la historia de la redención, tenemos que reflexionar brevemente sobre la óptica que los judíos del primer siglo tenían sobre la historia. O sea, ¿Cuál fue la óptica de los judíos sobre la historia cuando Jesús entró en la escena y cuando la iglesia nació? Por lo general, los judíos veían la historia como una progresión continua empezando con creación y terminando con el juicio final. No obstante, esa línea recta de la historia tenía dos etapas muy marcadas. Es decir, los judíos creían que la historia se dividía en dos grandes épocas, el presente siglo y el siglo venidero. Esas dos épocas iban a seguir en línea la una a la otra. La primera etapa en la historia, “este siglo presente,” era la realidad en la que ellos estaban viviendo. Este siglo presente se caracterizaba por el pecado, la enfermedad, el sufrimiento, la contaminación y la muerte. Es decir, representaba para ellos el mundo caído en el cual el ser humano ha vivido desde el tiempo de Adán. Este siglo era un tiempo de oscuridad y lucha, de problemas y aflicciones. No obstante, ellos tenían mucha esperanza en un cambio radical que iba a inaugurar una nueva época en la historia, el siglo venidero. Cuando ese cambio radical ocurra todos los problemas y el sufrimiento del presente siglo malo serán corregidos. Ese siglo venidero que vendrá es la época mesiánica que Dios inaugurarán con la venida del mesías. Será, según ellos, un tiempo de paz y prosperidad, un tiempo de santidad y gozo, un tiempo de victoria y libertad. Los judíos sufrían en el presente siglo, pero anhelaban y soñaban con el siglo venidero que iba a ser una nueva realidad llena de bendiciones y prosperidad.



Pero ¿Cuál fue la óptica de los cristianos sobre la historia? Igual que con los judíos. Por ejemplo, Jesús hablaba de las dos épocas. Por ejemplo, en Mateo 12:32 Jesús comenta que *“el que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero.”* Pablo también creía en los dos siglos, el presente y el venidero. En Efesios 1:21 Pablo menciona que Cristo ha sido exaltado, *“sobre todo principado y autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero.”* En este sentido la óptica cristiana era igual a la de los judíos. No obstante, la similitud termina allí.

Para el Nuevo Testamento, aunque la historia de la redención consistía en dos etapas, esas dos etapas **no** seguían en una sola línea recta la una tras la otra. Más bien, la segunda etapa empezó antes de la terminación de la primera etapa. Es decir, el siglo venidero se inauguró mientras el siglo presente todavía estaba en pie. ¿Cómo es



eso? Sencillamente, la llegada de Jesús empezó el fin del inicio y el inicio del fin. Es decir, con la primera venida de Cristo y su obra redentora se inició el siglo venidero aun antes de que el presente siglo hubiera terminado. Por lo tanto, podemos decir que los cristianos viven “entre los dos siglos.” Vivimos en la superposición de las dos edades, la presente y la venidera.

La idea es que la “ubicación” de los cristianos es única. Vivimos en medio de dos realidades distintas. Por un lado, todavía tenemos que caminar en medio de este siglo presente, un tiempo gobernado por el principal enemigo de Dios, Satanás, (2 Corintios 4:4, “*el dios de este mundo.*”). Todavía tenemos que sufrir sus ataques y sus mentiras. No obstante, este siglo presente está llegando a su fin. Por ende, Pablo anuncia en 1 Corintios 7:31, “*la apariencia de este mundo se pasa.*” Nuestro enemigo y el ambiente donde él prospera todavía existen y él sigue gobernando la oscuridad, pero ya no tiene la misma autoridad sobre los hijos de Dios. Los seguidores de Jesús han sido rescatados de su dominio y trasladados a un nuevo dominio, el del reino del Rey Jesús. Por lo tanto, los creyentes pueden vivir con los valores del reino de Dios aun en medio de este siglo malvado puesto que son ciudadanos del reino celestial. Sin embargo, ellos ejercen su ciudadanía en medio del antiguo dominio de oscuridad. Viven entre dos realidades, el presente siglo malo y el siglo venidero ya inaugurado. Para el cristiano el futuro ha invadido el presente. Aunque el presente siglo malo sigue en pie, el futuro, el siglo venidero ya empezó. El creyente vive en el “ya” – el siglo venidero, el reino de Dios, y la nueva creación se inauguraron en Cristo - pero también vive en el “todavía no” – el presente siglo malo con todas sus luchas y los conflictos constantes sigue en pie. Vive entre los tiempos, en la superposición de dos épocas, esperando ese momento cuando Cristo vuelva e instituya por completo su reino eterno y destruya por completo todos sus enemigos. Como escribe un autor, “La nueva vida del creyente es una experiencia ambigua, porque sigue viviendo en el siglo antiguo. Ha sido liberado de su poder, pero debe seguir viviendo en él.”⁴ Hasta ese momento, el cristiano experimenta la constante tensión de vivir “entre los tiempos.”

Este concepto de la vida en el “ya y el todavía no” es muy común en las cartas de Pablo. Por ejemplo, en Gálatas 2:20 Pablo afirma,

⁴ G.E. Ladd, Teología del Nuevo Testamento, España: Editorial CLIE, 2002, p. 723.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”

En este pasaje Pablo ilustra claramente la tensión que vivimos como cristianos en el ya y el todavía no. Hay tres principios que Pablo enfatiza. Primero, Pablo afirma que él había sido crucificado con Cristo. Esta es una realidad histórica. No es un sueño o una mera opinión. Es su realidad. La consecuencia de ese acto histórico es muy concreta, *“ya no vivo yo.”* Es decir, Pablo realmente murió. Su antigua vida llegó a su fin cuando él se convirtió a Cristo. No obstante, Pablo continua y agrega un segundo principio que parece contradecir el primero. Pablo anuncia que, aunque él murió, todavía vive en la carne. O sea, muerto, pero vive, ¿Cómo es eso? La idea es que su vida antigua terminó, su identidad antigua cambió. Pablo fue crucificado con Cristo, murió al pecado, murió a la ley, y crucificó la carne. Todo esto es verdad. No obstante, Pablo reconoce que todavía tiene que seguir viviendo en este cuerpo de muerte, este cuerpo terrenal, débil, y contaminado por la mugre de este mundo. Allí está la tensión. Pablo es a la vez muerto y vivo. Su antigua vida murió, pero Pablo tiene que vivir su nueva vida metido en el presente sigue malo con todas las limitaciones y problemas de la humanidad, el pecado, y este siglo presente. ¿Cuál es la solución a esa tensión? Pablo expresa la solución a través del tercer principio, la nueva vida es una vida de fe. O sea, este tercer principio dice que como consecuencia de esa tensión entre el “ya” – fue crucificado con Cristo – y el “todavía no” – todavía tiene que vivir en la carne, es decir, en su humanidad – Pablo tiene que vivir por fe. Las realidades del siglo venidero, aunque le pertenecen de verdad, están en camino, están por llegar en su plenitud cuando Cristo regrese. Entonces Pablo no siempre las puede experimentar en su totalidad en el presente. Por lo tanto, tiene que vivir por fe, confiando en las promesas de Dios y esperando el momento de la consumación final de las promesas de Dios cuando el reino llegue en su estado final. La vida del “ya y todavía no” es una vida de fe, una vida de confianza en Dios.

Los seguidores de Cristo vivimos en una tensión muy clara entre el presente siglo malo y el siglo venidero. Vivimos entre el ya de la inauguración del reino de Dios en Cristo, y el todavía no porque la plenitud del reino todavía no ha brotado en su forma completa. Vivimos, por ende, por fe, reconociendo esta tensión entre la certeza de nuestra nueva realidad y la espera de poder experimentar la plenitud de esa realidad en nuestro día a día. Pero ¿Cuáles son algunos ejemplos claros de esa tensión que vivimos por vivir “entre los tiempos” en el ya y el todavía no? Hay varios. Por ejemplo:

1. Aunque hemos sido librados del poder de Satanás (Colosenses 1:13), no obstante, estamos en una guerra con él (Efesios 6:10-20).
2. Aunque hemos sido rescatados de este presente siglo malo (Gálatas 1:4), todavía vivimos en este mundo y diariamente enfrentamos la influencia malvada de este siglo (1 Juan 2:15-16).
3. Aunque vivimos en el reino de Dios (Mateo 12:28), esperamos la venida de su reino (Mateo 6:10).
4. Aunque hemos crucificado la carne (Gálatas 5:24), todavía luchamos diariamente con las pasiones e inclinaciones de la carne (Romanos 13:14).
5. Aunque estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales (Efesios 2:6), seguimos caminando en la mugre de este mundo.
6. Aunque somos parte de la nueva creación (2 Corintios 5:17), todavía esperamos ese día cuando venga la nueva creación en su plenitud.
7. Aunque hemos resucitado con Cristo (Colosenses 3:1), esperamos el día de nuestra resurrección (1 Corintios 15).
8. Aunque hemos sido redimidos por Cristo (Colosenses 1:14), esperamos el día de nuestra redención (Romanos 8:23-24).
9. Aunque hemos sido santificados (1 Corintios 1:2), todavía luchamos con la impureza y por ende nos exhorta a “limpiarnos” (2 Corintios 7:1).
10. Aunque hemos muerto al pecado (Romanos 6:2), todavía tenemos que luchar con el pecado cada momento de cada día.
11. Aunque hemos sido adoptados (Romanos 8:15), esperamos para la realización final de nuestra adopción (Romanos 8:23).

Esta tensión es algo real que enfrentamos todos los días. Por lo tanto, es algo que tenemos que tomar en cuenta cuando pensamos en este tema de la transformación espiritual. Uno de los motivos por el cual no siempre experimentamos la victoria sobre el pecado y sobre la vida antigua que realmente nos pertenece en Cristo es justamente por nuestra ubicación en la historia. Vivimos en esa tensión constante

entre el “ya y el todavía no.” Tenemos varias promesas increíbles que traen una variedad de beneficios y recursos para nuestra vida espiritual. No obstante, en esta vida terrenal, la vida “en la carne” como expresa Pablo, la batalla sigue rugiendo y nuestras debilidades siguen mostrándose. Por ende, no siempre avanzamos como deberíamos. No siempre vivimos consecuente con nuestra nueva realidad. Como expresa George Ladd,

“Por consiguiente, la transición desde el pecado y la muerte del siglo antiguo a la vida del siglo nuevo es todavía parcial, aunque real. En el siglo antiguo no se puede experimentar todo lo que significa el nuevo siglo.... Así pues, el creyente vive en una tensión entre escatología vivida y escatología anticipada.”⁵

Esta realidad me hace pensar en una experiencia que tenía como joven. Mi madre solía cocinar una salsa roja para nuestra familia numerosa. Me encanta comer salsa roja con espagueti. Cuando mi madre cocinaba la salsa roja era un proceso que demoraba horas y horas. Ella echaba todos los ingredientes en una olla grandota y los dejaba todo el día cocinándose sobre un fuego lento. Durante el día el olor llenaba la casa y siempre se me abría el apetito. Cuando ya no podía aguantar más entraba en la cocina y le preguntaba a mi mamá si fuera posible que yo tuviera una pequeña pruebita de la salsa. Ella me decía que no porque todavía no estaba lista. Yo, todo triste, me iba solo para regresar una hora después con el mismo pedido. Ese proceso seguía hasta que, por fin, mi madre me decía “ven hijo, te voy a dar una pequeña muestra de la salsa.” Ella tomaba un pedazo de pan y lo bautizaba en la salsa roja y me lo daba. Después ella me mandaba a jugar o hacer otra cosa y me decía “más tarde la salsa va a estar totalmente lista y en ese momento puedes tener todo lo que desees.” ¿Sabes lo que mi madre estaba haciendo? Me estaba dando una muestra del futuro, dejando que yo pruebe aliguito del tesoro prometido antes de su tiempo. Esa es la idea del “ya y el todavía no.” De vez en cuando Dios nos da una pruebita de la vida de la nueva creación, los tesoros del siglo venidero, pero nos dice “espera porque pronto vas a poder experimentar la plenitud de todo lo prometido.” Nos pertenecen ya una variedad de recursos, bendiciones, y privilegios que son parte de nuestra herencia como ciudadanos del siglo venidero, no obstante, no siempre podemos experimentar en el día a día esas cosas. Por lo tanto, tenemos que vivir por fe, reconociendo que esos tesoros representan nuestra nueva realidad, pero que tenemos que esperar el día cuando los podamos disfrutar en su plenitud. Todo porque vivimos en ese espacio único en la historia, el ya y el todavía no.

⁵ G.E. Ladd, Teología del Nuevo Testamento, p. 723.

Es importante que los cristianos entienden en todo este tema de nuestra nueva realidad que, por estar en Cristo, ya no podemos vivir solamente por nuestra experiencia. No podemos vivir solamente en base a lo que vemos y tocamos y experimentamos. Nosotros tenemos que vivir en base a lo que es la verdad, por las verdades invisibles, las verdades eternas. Como Pablo expresa en 2 Corintios 4:16-18,

Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. ¹⁷Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; ¹⁸no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

En todo este tiempo de sufrimiento y lucha, a pesar de todas las debilidades y derrotas, nosotros tenemos que mirar más allá de lo obvio, más allá de lo que vemos y experimentamos. Nosotros tenemos que fijarnos en realidades invisibles, confiando en palabras antiguas, y esperando la realización de promesas que parecen imposibles. Nuestra nueva realidad: rescatados de este siglo presente, unidos con Cristo y coparticipes en su obra redentora, con una nueva identidad y una victoria real sobre el pecado, la ley, y el diablo, ciudadanos de una nueva creación y mucho más. Aunque no parece real, aunque parece contradecir nuestra experiencia, aunque parece estar tan lejos, es nuestra realidad. Es esa realidad, esas promesas, esas palabras que tienen que gobernar nuestras vidas y que tienen que servir como la base de nuestro avance en la vida espiritual.

Ahora que hemos visto nuestra nueva realidad, seguramente nos lleva a otra pregunta, ¿Cómo? ¿Cuál es el proceso que Dios usa para transformarnos? Ese es el tema que tenemos que tocar ahora.